

IN MEMORIAM



Todavía no me hago a la idea de que José Luis Álvarez Rivas nos haya dejado. Los que hemos conocido y compartido su vitalidad y entusiasmo por todo lo que hacía nos resistimos a pensar que ya no estará entre nosotros. Conocí a José Luis cuando, Licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad Complutense de Madrid, ingresó en la Junta de Energía Nuclear (JEN), hoy Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT) para trabajar en un grupo recién creado sobre Física del Plasma (la base científica de los reactores de fusión termonuclear). Ya desde entonces, dio muestras de su originalidad y capacidad de trabajo. Yo, por entonces, formaba parte de un grupo llamado Neutrónica Experimental. Más adelante, y a mi vuelta de una estancia en el Laboratorio Nacional de Brookhaven (EE.UU.), iniciamos conjuntamente una actividad experimental en el campo de los defectos en sólidos y daños por irradiación. Parecía razonable en aquella época combinar el esfuerzo nuclear de la JEN con el estudio de los efectos de la radiación sobre los materiales que habían de formar parte de los reactores y otras instalaciones radiactivas. Disponíamos de un pequeño laboratorio en el edificio del reactor JEN-1, junto a la puerta de entrada a la nave. También, y dada la carencia de medios, tuvimos que utilizar instrumentos de otras divisiones que nos prestaron generosa ayuda en aquel período (Metalurgia, Medicina y Geología). Fue entonces, para nosotros, una aventura difícil, pero, al mismo tiempo, apasionante. Aún recuerdo la inmensa alegría que experimentamos al publicar nuestro primer trabajo en el *Philosophical Magazine*, en el que criticábamos la interpretación de los resultados de unos experimentos sobre generación de dislocaciones en la superficie de separación entre las zonas irradiadas de un cristal de NaCl. También viene a mi memoria las carreras de relevos que hacíamos entre la División de Medicina y nuestro Laboratorio con las muestras irradiadas en la mano. Se trataba de minimizar la destrucción térmica de los centros de color creados por la irradiación con rayos X. Lo hacíamos con reloj en mano y tratando de batir records de velocidad. En cualquier caso, los experimentos nos servían para mantenernos en buena forma física. Fue, desde luego, duro y trabajoso, pero, poco a poco, nos hicimos un hueco en la comunidad internacional. Como anécdota, recuerdo que el Prof. A. Lidiard, Jefe del Grupo de Defectos en Sólidos, en el Centro Nuclear de Harwell (Inglaterra), que nos veía siempre juntos en los congresos, nos había bautizado como Oliver (yo) y Hardy (José Luis), dada la diferencia de tamaño (transversal) entre nosotros. Así continuamos, trabajando codo con codo, durante varios años. Esta estrecha colaboración me permitió conocer bien las cualidades que siempre he admirado en José Luis. En primer lugar, su poderosa personalidad científica. Era hombre que difícilmente se dejaba llevar por las modas científicas (casi siempre pasajeras) e insistía en la necesidad de abordar los problemas desde un punto de vista propio y original. Solía decir a los colegas una frase que resumía esta filosofía: “*Si eso lo hace la IBM, más vale que tú hagas otra cosa*”. Este consejo es espe-

cialmente útil a los jóvenes de hoy que, a menudo, se dejan arrastrar por los *dictats* de la época, sin tratar de buscar perspectivas personales y originales para los problemas. Otra cualidad notable era su gran habilidad experimental. Aún recuerdo cómo, a pesar de sus manos recias, era capaz de *clivar* cristales con una perfección envidiable, mientras otros estropeábamos a martillazos numerosos bloques cristalinos. José Luis disfrutaba planificando experimentos, reuniendo y poniendo a punto el equipo y tomando los datos. Todo con calma y con mimo, pero con enorme pasión. Finalmente, era un hombre con un tesón y una fe en lo que hacía fuera de lo común. Nuestro trabajo en aquella época debe mucho a todas esas cualidades de José Luis y no hubiera sido posible sin su contribución esencial.

Más tarde, nuestras vidas se separaron. Él permaneció en la JEN, potenciando el Grupo de Defectos en Sólidos, mientras yo me incorporaba a la recién creada Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Seguimos, entonces, en contacto, aunque ya más como nobles *rivales* que como colaboradores. Su actividad científica continuó siendo un modelo de excelencia. En particular, sus trabajos sobre termoluminiscencia de centros de color marcaron un hito en su época, y sus medidas de la energía, almacenada en sólidos irradiados siguen siendo una referencia inexcusable. En todos los trabajos, se reconocía el sello personal y la perfección experimental de José Luis.

Su personalidad y dotes organizativas no pasaron desapercibidas y fue nombrado Director de la División de Fusión (volvió un poco a sus orígenes), donde dio, una vez más, muestras de su capacidad para desarrollar iniciativas relevantes. Se trató de un reto de gran envergadura, en el que se dejó girones de su propia vida. Dificultades en las que no voy a entrar, le obligaron a abandonar la JEN y pasar al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en donde continuó su buen hacer en su laboratorio del Instituto de Ciencia de Materiales de Madrid.

A primeros de 1992, fue llamado a formar parte del Comité de Evaluación de la Actividad Investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CENIM), junto con otros destacados científicos del área de materiales (Profs. K. Ehrlich, R. Khan, L. Kubin y J. Domínguez) y, posteriormente, recibió el encargo del Presidente del CSIC de llevar a buen puerto la reorganización de este Centro, de acuerdo con las recomendaciones formuladas por dicho Comité para potenciar la actividad científica del mismo. En julio de 1992 fue nombrado Director del CENIM, cargo que ejerció hasta el momento de su fallecimiento.

Aunque estas últimas etapas las he vivido alejado de su quehacer, estoy seguro de que a todos los puestos ha dedicado lo mejor de sus capacidades, así como su tesón y entrega sin límites. Es una mala pasada del Destino el que una persona como José Luis, a las que tanto necesita nuestro país, nos haya dejado. Para mí, en particular, ha desaparecido un excelente compañero y, sobre todo, un gran amigo. Para su esposa Emi y para sus hijos mi emocionada condolencia. Descanse en paz.

Prof. Fernando Agulló
Catedrático de Física Aplicada
Universidad Autónoma de Madrid